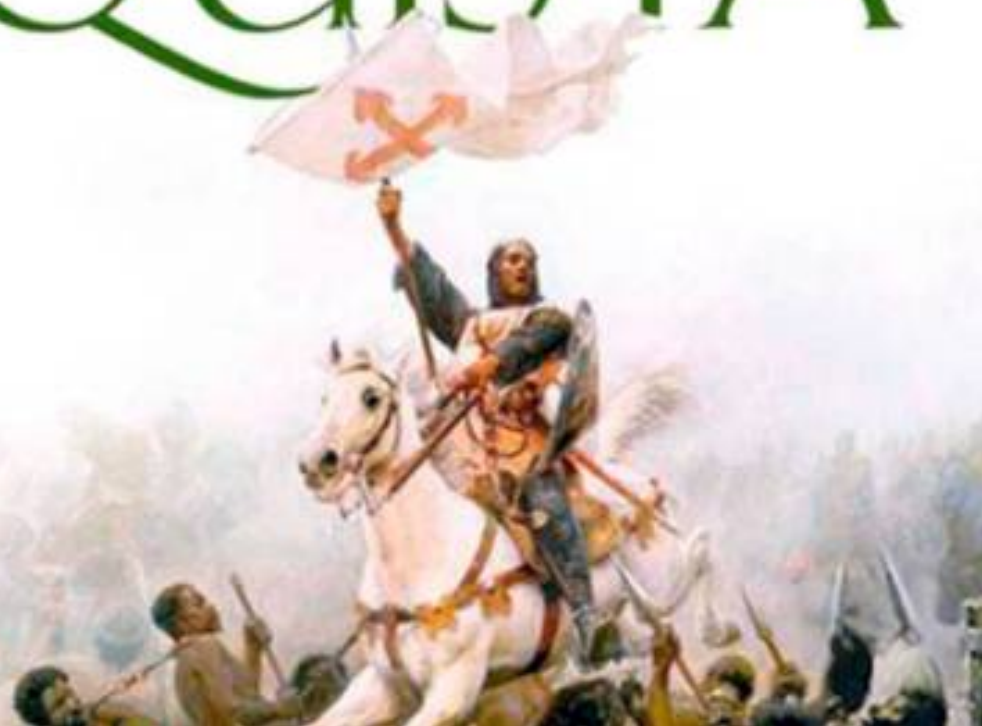


JUAN ANTONIO
CEBRIÁN

LA AVENTURA DE
RECON-
QUISTA



En el año 711, las hordas musulmanas cubrieron en pocos meses la península ibérica. Sólo algunos rebeldes, dirigidos por un noble llamado Pelayo, se opusieron al invasor desde sus refugios en las montañas. Comenzaba así una reconquista que se prolongaría casi ocho siglos en los que se libraron batallas sin igual que ya son leyenda y de los que surgieron los protagonistas por antonomasia del medievo hispano: Don Pelayo, Abderrahman I, el Cid, Abderrahman III, Almanzor, Jaime I el Conquistador, Boabdil o los Reyes Católicos, personajes todos ellos que hicieron de la Reconquista una gesta sin precedentes en la historia.

Este libro está dedicado con toda justicia a la mejor audiencia y equipo que un programa de radio pudo soñar jamás. Por vosotros La Rosa de los Vientos mantendrá bien alto el estandarte del ideal que nos conduzca a un mundo mejor. Recordad que lo que hacemos en la tierra tiene su eco en la eternidad.

Fuerza y Honor

INTRODUCCIÓN

Nuestra historia arranca en un lugar llamado Hispania, en un tiempo donde diferentes linajes pugnaban por el trono del reino. La guerra civil había devastado buena parte del rico y fértil territorio. La situación era contemplada desde el norte de África por los ojos ambiciosos de una nueva potencia militar y religiosa que tan sólo esperaba a que la fruta madurase para cumplir su minucioso plan de expansión por el continente europeo. Todo sucedió hace 1300 años, fue entonces cuando un ejército compuesto por tropas árabes y bereberes invadía el reino de los godos. En pocos meses las hordas musulmanas cubrieron la práctica totalidad de la península ibérica. Sólo algunos rebeldes dirigidos por un noble llamado Pelayo se opusieron al invasor mahometano desde sus refugios de las montañas norteñas. Comenzaba de ese modo una Reconquista que se prolongaría casi ocho siglos.

En este período se libraron batallas sin igual con nombres que han pasado a la leyenda: Covadonga, Clavijo, Simancas, Calatañazor, Sagrajas, Navas de Tolosa, el Salado, etc. Lugares unidos inexorablemente a los personajes más carismáticos del medievo hispano: Don Pelayo, Tariq, Abderrahman I, Sancho III, Abderrahman III, Almanzor, Rodrigo Díaz de Vivar, Fernando III el Santo, Jaime I el Conquistador, Boabdil el Chico, o los propios Reyes Católicos, todos ellos hicieron de lo que se llamó Reconquista, una gesta épica sin precedentes en la historia del mundo conocido.

En *La Cruzada del Sur* viajaremos a los reinos cristianos de Hispania y a la musulmana al-Ándalus, donde encontraremos momentos únicos de respeto entre dominadores y dominados, tensos equilibrios protagonizados por musulmanes mozárabes, muladíes, mudéjares y judíos; diferentes idiosincrasias y formas de entender la existencia; alianzas y desacuerdos en uno de los períodos más fértiles de nuestro acerbo cultural. Dos mundos unidos por la misma idea de amor a la tierra que les acogió.

Les invito por tanto a participar en los principales acontecimientos y vidas de la Edad Media española. Los nacimientos de Asturias, León, Navarra, Aragón y Castilla. El establecimiento de los musulmanes y sus diferentes períodos como el emirato dependiente de Damasco, el independiente de Bagdad, el esplendoroso califato Omeya, los reinos taifas y el reino nazarí de Granada.

Guerras crueles pero, también, largos tiempos de paz que ayudaron al mutuo entendimiento de unos y otros, siempre bajo la mirada atenta de la Cruz y la Media Luna. No es de extrañar que los mejores caballeros hispanos rehusaran ir a combatir a las diferentes cruzadas que se organizaban con el propósito de liberar Tierra Santa, ya que ellos luchaban y morían en la empresa más importante de Europa, una auténtica Cruzada cristiana contra la *yihad* islámica por el control de aquel territorio del sur continental.

El trasiego desde Covadonga a Granada, no sólo dejó muerte y destrucción, sino, también, convivencia, cultura y mestizaje que, a la postre, definieron la personalidad de un pueblo que supo sobreponerse a todo para convertirse en 1492, gracias al descubrimiento de América, en una de las potencias más importantes y luminosas de su tiempo.

La Cruzada del Sur es una obra que pretende acercar al lector a uno de los momentos más apasionantes de nuestra historia; a diferencia de mi anterior libro *La Aventura de los godos* donde me adentraba en un período muy oscuro de Europa, ahora me encuentro ante una etapa ampliamente

difundida e investigada, no es por tanto deseo mío aportar nuevas luces sobre la Reconquista, más bien, lo que me mueve a escribir estas páginas es el mismo propósito que me animó a emprender la divulgación de la epopeya visigoda.

Claro está que si apostara por contar los 780 años que duró la Edad Media hispana necesitaría varios volúmenes y, no es el caso. En esta ocasión he elegido centrarme básicamente en el aspecto militar de estos siglos, aunque no podré sustraerme a la narración de capítulos que ayudarán a entender por qué tantos guerrearon y murieron defendiendo sus ideales.

Desgraciadamente, los vientos de guerra soplan con fuerza en estos años del siglo XXI, otra vez se utiliza el pretexto de la religión para tocar los tambores de la muerte. Ojalá los dioses, se llamen como se llamen, lo impidan favoreciendo una era de armonía entre todos los pueblos de la tierra. Creo que después de tanto sufrimiento merecemos esa oportunidad.

SIGLO VIII

Un despreciable bárbaro, cuyo nombre era Belay, se alzó en las tierras de Galicia y, habiendo reprochado a sus compatriotas su ignominiosa dependencia y su huida cobarde, comenzó a excitar en ellos los deseos de vengar las pasadas humillaciones, y expulsar a los musulmanes de las tierras de sus padres.

Antología de al-Maqqari, donde se reflejaba el desprecio musulmán por las acciones bélicas del rebelde don Pelayo.

EL ALBOR DE UN REINO

El combate resultó atroz, miles de muertos sembraban los campos de batalla cercanos al río Guadalete. En ese lugar invasores musulmanes apoyados por grupos locales desafectos habían batido al cuerpo principal del ejército visigodo dirigido por el propio rey don Rodrigo. Tras la batalla, el valiente don Pelayo, jefe de la guardia personal del Rey, reunió a los hombres que pudo para iniciar una retirada desesperada hacia Toledo, la desgarnecida capital del reino. En el rostro del curtido militar se podía intuir la rabia y la vergüenza provocadas por aquella derrota. Con tan sólo 12 000 efectivos, los árabes vencían a más de 40 000 guerreros godos entre los que se contaba la flor y nata de la aristocracia hispana. A esto se sumaba la traición de Oppas y Sisberto, hermanos del anterior rey Witiza, a los que un confiado Rodrigo había entregado los flancos de su ejército para que posteriormente, en medio de la sorpresa generalizada, se pasaran al enemigo dejando a su suerte al infortunado Rey cuya tropa de confianza tardó muy poco en ser cubierta por lanzas y flechas sarracenas. Corría el 26 de julio del año 711, una fecha que en esos momentos no suponía más que un capítulo en la historia de las guerras, pero que en adelante, se confirmaría como el fin de tres siglos de influencia visigoda en Hispania.

Pelayo, como otros magnates godos, no daba crédito a lo acontecido en las jornadas anteriores, y seguramente, en su angustiada cabalgada a Toledo, pensó en la traición eje-

cutada por los disconformes, sin llegar a entender cómo era posible que una ambición personal pudiera hipotecar de esa manera el futuro de todo un reino. Él siempre desconfió de los witizanos, sin embargo, su primo Rodrigo no tuvo dudas a la hora de reclamar una ayuda necesaria ante la avalancha morisca. El peligro de invasión era tan cierto que cualquier habitante de Hispania respondería ante la ofensa mahometana. Eso debió conjeturar el rey Rodrigo pero, finalmente, no fue así.

Ahora, con Rodrigo desaparecido y la mayoría del ejército aniquilado, la situación para la Hispania visigoda bordeaba la tragedia. ¿Quién o quiénes asumirían el mando de los godos? ¿Existiría algún notable facultado para iniciar la resistencia? En todo eso, seguramente, reflexionaba Pelayo, sin ni siquiera imaginar que años más tarde él mismo se convertiría en paradigma de la Reconquista.

Los seguidores de Witiza, auténticos instigadores del conflicto, se frotaban las manos especulando sobre si los ocasionales aliados ismaelitas se conformarían tan sólo con un cuantioso botín de guerra, regresando posteriormente a su tierra de origen sin más preguntas. Nada más lejos de la realidad, dado que los musulmanes habían saboreado las bonanzas de una tierra pródiga en vergeles, paisajes fértiles y geografías propicias para el acomodo de un pueblo obligado a la aridez de los desiertos arábigos y norteafricanos. Las mieles de Hispania serían, por tanto, el magro tesoro que los seguidores de Alá pretendían reivindicar.

El general Tariq Ibn Ziyad había obtenido una luminosa victoria sobre aquellos que él consideraba bárbaros infieles. Sus pérdidas se cifraban en unos 3000 hombres, la mitad de las sufridas por el enemigo. Su señor, Musa Ibn Nusayr, gran gobernador de todo el norte de África, tendría motivos para estar satisfecho.

Tariq capturó la práctica totalidad del patrimonio que acompañaba a don Rodrigo en aquella campaña, repartiendo la mayoría entre sus hombres y reservando una parte

para él y para su señor Musa (Muza). Los 250 dinares que correspondieron a cada uno de los vencedores debió ser una buena cantidad, pues, muy pronto, la noticia animó a miles de bereberes que desde la otra orilla del estrecho se alistaron pensando en las cuantiosas riquezas que obtendrían en aquella antigua tierra de vándalos. Al-Ándalus, ésa era la traducción árabe, se convertía en la tierra prometida para los defensores del Corán. Era tiempo de propagar por Europa el mensaje de Mahoma; Hispania sería cabeza de puente para la invasión del viejo continente.

La expansión árabe en la península ibérica durante el siglo VIII.

Damasco rebosaba felicidad mientras los hijos de Witi-za, Agila II y Ardón, exigían la reposición de sus derechos y propiedades. El califa Walid I respondió entregando una minucia de lo acordado y obligando a sus antiguos aliados al sometimiento a las leyes y gobierno de los nuevos dueños de la situación.

Lo cierto es que miles de hispanos vieron con agrado la llegada de los musulmanes; demasiados años de hambrunas, epidemias e impuestos opresivos habían desembocado en una situación caótica que cubría todo el reino visigodo. Los invasores, lejos de ejercer como martillo, permitieron libertades que mejoraron la salud emocional y económica de un pueblo demasiado acostumbrado al pesimismo. La anulación de gravámenes exagerados, la posibilidad de mantener religión propia sin persecuciones ni descalabros y la permanencia del derecho a la propiedad privada hizo que en casi todos los casos, la ocupación militar de pueblos y ciudades se produjera sin enfrentamientos. A pesar de esto, muchos se negaron a comulgar con lo impuesto por los nuevos amos de la península, y se retiraron hacia las zonas norteñas donde lamerían sus heridas esperando devolver el golpe algún día.

Los rebeldes se refugiaron principalmente en núcleos cantábricos y pirenaicos a la espera de escenarios adecuados para la reacción. Mientras tanto, las tropas de Tariq iban ocupando paulatinamente Andalucía, Levante, y otros puntos estratégicos del centro de la península ibérica. En algunas ocasiones se pactaba con los dirigentes locales, valga de ejemplo el del conde Teodomiro dueño de una gran posesión que se extendía por las provincias de Alicante y Murcia, que firmó acuerdos de amistad y no agresión con los recién llegados a los que prometió vasallaje a cambio de tranquilidad.

Tariq fue tan sabio como buen militar; pronto se presentó ante Toledo que tomó sin apenas oposición. Sus éxitos originaron recelos en Musa, que, ansioso por disfrutar de la nueva conquista, saltó a Hispania un año más tarde de la victoria de Guadalete con 18 000 sirios y bereberes que le sirvieron para tomar Sevilla y poner sitio a Mérida. En poco más de tres años, las fuerzas musulmanas controlaban la práctica totalidad del territorio peninsular; lamentablemente para ellos, surgieron fuertes disensiones internas protagonizadas por Musa y Tariq, quienes pugnaban por el control de la conquista. La disputa se resolvió cuando los dos fueron llamados por el Califa de Damasco, quien decidió destituir a los conquistadores de lo que ya se consideraba la perla del califato omeya. Esta lucha interna de los árabes permitió un momentáneo respiro para los refugiados cristianos que comenzaban a organizarse en los reductos norteños.

Así iban transcurriendo los primeros años de ocupación musulmana en Hispania, ahora llamada al-Ándalus. Pero mientras tanto, ¿qué había sido de Pelayo?

PELAYO, EL NUEVO HÉROE

La historia de don Pelayo es confusa como la de los años en los que le tocó vivir; según la leyenda, siempre tapizada con hebras de realidad, el iniciador de la Reconquista nace en Cosgaya, un lugar ubicado en las montañas cántabro asturianas. Hijo de Favila, que a su vez era vástago del rey Chindasvinto, sobrino por tanto de Recesvinto y primo del rey Don Rodrigo que era hijo de Teodofredo. De los tres hijos varones atribuidos a Chindasvinto, tan sólo el primogénito Recesvinto tuvo la fortuna de reinar. Los otros dos, Teodofredo y Favila, fueron víctimas de Witiza, y vengados ampliamente por sus herederos cuando Rodrigo arrebató el trono a los hijos de Witiza apoyado por buena parte de la nobleza visigoda, incluido su primo hermano Pelayo, que fue elegido jefe de la guardia personal del Rey. Pelayo fue leal a Rodrigo hasta el final, luchó con bravura en Guadalete y escapó a Toledo donde se mantuvo un tiempo hasta la llegada de los musulmanes. De la vieja capital visigoda salió con sus hombres escoltando a Urbano, arzobispo de Toledo, quien custodiaba las sagradas reliquias cristianas, además de otros tesoros eclesiales. La siguiente guarida para los refugiados fueron las montañas burgalesas, y de ahí Pelayo pasó a su tierra natal, donde se estableció a la espera de noticias. La crónica nos habla de un Pelayo creyente y fervoroso, que incluso es capaz de viajar, en compañía de un caballero llamado Ceballos, a Tierra Santa en los tiempos difíciles de las disputas dinásticas; no es de ex-

trañar que sintiera profundo desagrado por la Media Luna y lo que representaba.

En el año 716 los musulmanes establecidos débilmente por el norte peninsular chocan con los intereses de gallegos, astures, cántabros y vascones, gentes poco romanizadas y sí, en cambio, muy acostumbradas a lidiar con toda suerte de potencias invasoras como los celtas, romanos, suevos, godos y, ahora, musulmanes.

El árabe Munuza se instaló en Gijón como valí o gobernador provincial del emirato cordobés cometiendo el grave error de pretender a la hermana del noble Pelayo; acaso en el afán de estrechar lazos de amistad con los desconfiados astures. Sin embargo, Pelayo reaccionó de forma violenta ante lo que se consideraba una humillación de los mahometanos. El valí reconoció en el líder godo a un enemigo, buscando con urgencia una excusa oficial para quitárselo de encima. Pelayo es enviado como rehén a Córdoba para conseguir el pago de impuestos; era costumbre que los emires mantuvieran prisioneros notables provenientes de las provincias sometidas, obligando de esta manera a los vasallos implicados a un regular e impecable pago de tributos. Un año más tarde de su llegada a la flamante capital andalusí, Pelayo consigue burlar a sus captores huyendo en un viaje lleno de peripecias y avatares que le conduce a su querida Asturias.

Su entrada en el territorio asturiano le será de gran provecho al coincidir con una reunión de lugareños celebrada en Cangas de Onís para debatir asuntos de importancia. En esos meses la gente andaba alborotada por la presencia excesiva de musulmanes en la zona. Pelayo se dirige a ellos y les anima a la sublevación, invoca a los ancestros y a sus sentimientos de vida en libertad sin sometimiento a ningún yugo extranjero. Paradójicamente, el que representaba al antiguo invasor godo se convierte en el líder de unos rudos montañeses deseosos de combatir cualquier signo autoritario ajeno; todo estaba abonado para la revuelta. La facción

de Pelayo comienza a ser famosa en los contornos. Lo primero que hacen es negarse a pagar tributo, después algunas escaramuzas militares; de momento nadie es capaz de sofocar aquel minúsculo pero tenaz levantamiento. Preocupado, el gobernador Munuza solicita ayuda al Emir de Córdoba, quien acababa de sufrir algún revés guerrero en Septimania. Sus tropas estaban desmoralizadas y se necesitaba con presteza una victoria que enardeciera el ánimo de los soldados de Alá. Pelayo y los suyos se iban a convertir en víctimas propicias para la propaganda guerrera del Emir cordobés. Se baraja el 718 como año en el que se decide por aclamación el caudillaje de don Pelayo; algunos historiadores apuntan que posiblemente fue proclamado rey; otros, más conservadores, piensan que tan sólo fue elegido caudillo o líder militar de los insurgentes.

En todo caso, se produce una unión popular dispuesta a presentar combate a la fuerza ocupante. Su número es apenas representativo, ya que no superarán unos pocos cientos dirigidos por Pelayo.

La columna sarracena que se dirigió a Asturias iba encabezada por Alqama, un lúcido militar experimentado en la guerra y dispuesto a complacer las necesidades del Emir cordobés. Cuenta con unos 20 000 hombres de todo punto suficientes para aplastar los gritos de aquellos «300 asnos salvajes» como les denominan los cronistas árabes. Una vez informado de lo que se le viene encima, Pelayo opta por la lucha de guerrillas replegando a sus hombres hacia las montañas, evitando de ese modo el desigual combate en campo abierto. En las estribaciones del gran macizo de los picos de Europa se encontraba el monte Auseva y en él una oquedad denominada por la leyenda «la Cova Dominica», futura Covadonga, sitio ideal donde se ocultan buena parte de los rebeldes astures. La cueva consagrada a la Virgen María se presentaba como lugar propicio para las operaciones de los belicosos montañeses. Don Pelayo dispersó a dos tercios de su hueste por las laderas, riscos y acantilados

cercanos a su guarida, mientras que con otros 105 combatientes se parapetaba en la propia cueva a la espera de los musulmanes. Todo estaba dispuesto para la emboscada. ¿Serían capaces aquellos bravos astures de resistir a los bien organizados mahometanos?

Por si acaso apareció la ayuda divina, cuenta la leyenda que a don Pelayo se le abrieron los cielos mostrando el antiguo pendón bermejo de los godos, estandarte perdido en la batalla de Guadalete. Tras esta visión don Pelayo tomó dos palos de roble y los unió formando una cruz que enarboló durante la posterior batalla. En tiempo de primavera cuando todavía refrescaba por tierras asturianas, apareció la expedición punitiva de los sarracenos. Pensando en una hipotética negociación, el inteligente Alqama se hizo acompañar por don Oppas, prelado de Sevilla y hermano de Witiza. Sin embargo, cuando la columna musulmana contactó con los rebeldes, la verbigracia del antiguo traidor godo fue insuficiente para convencer al obstinado don Pelayo. Las promesas de paz y patrimonio para él y los suyos únicamente consiguieron soliviantar más, si cabe, la voluntad de los cristianos, manifestándose determinados a combatir sin tregua.

La refriega se produjo presumiblemente en el mes de mayo de 722. Alqama ordenó a sus hombres que se internaran por los desfiladeros cercanos a la Cova Dominica; de inmediato, recibieron una lluvia de piedras y flechas procedentes de los altos dominados por los violentos astures. Los musulmanes intentaron replicar entonces, con saetas y proyectiles lanzados por ondas. Pero todo fue inútil ante la supremacía que los montañeses ejercían sobre un terreno que conocían como la palma de su mano.

El ejército moro sufrió numerosas bajas en los primeros minutos de la lucha; eso, unido a lo complicado de la situación, pues eran muchos hombres para maniobrar en el angosto terreno, hizo que Alqama dudara sobre la efectividad de su ataque. La incertidumbre mahometana fue aprove-